



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12028

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 12 DE DICIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Nuestra demostración

Mariano de Cavia ha escrito en «El Imparcial» de ayer un artículo titulado *El premio gordo en Madrid*, en el cual rinde el merecido homenaje á Echegaray y puntualiza los deberes que las colectividades españolas tienen para con las academias de Stokolmo que han adjudicado al gran dramaturgo español el premio internacional del legado Nobel dedicado á la literatura.

El premio es valiosísimo; ciento ochenta y siete mil quinientos francos en oro, que vienen á buscar á Echegaray para decirle:

—Entre la mucha y buena literatura que ha producido en los últimos años el intelecto humano, no hay ninguna que pueda disputarle á la tuya el premio de Nobel.

Con razón habla Cavia de premio gordo; mas con ser tan grande materialmente, es mucho mas voluminoso bajo el punto de vista moral. En ese premio el oro es lo que menos vale. Lo que resalta y enorgullece y llena de satisfacción el espíritu, es el honor. Tan grande es el que las academias suecas han hecho á Echegaray, que hay para él y para todos los demas españoles.

Y aquí entra una serie de deberes que han de manifestarse como muestras de gratitud hacia los que, adjudicando el premio á un español insignie, hacen que el mundo intelectual fije su mirada en la península española, obligando á la prensa de todos los países á hablar de este rincón de tierra y del primero de sus hijos entre los literatos.

Al gobierno toca en primer lugar cumplir ese deber de gratitud en nombre de lo que representa. Las academias nacionales vienen obligadas á una demostración agradeciendo el honor que se ha hecho á un compañero. Los autores dra-

maticos de España no serían bastante españoles sino agradeceran de un modo solemne la decisión de los suecos. Los periodistas, á cuyo numeroso ejército pertenece Echegaray como capitán general, véñse también honrados con el premio adjudicado al jefe y nobleza obliga a los confeccionadores de la prensa que lleva a todas partes todos los días las palpitaciones de la opinión, ora indignada por el abuso, ya horrorizada ante el horrendo crimen, ya complacida como en esos instantes por el honor que recibe un compañero, del cual lo somos todos los que emborronamos cuartillas, por mas que él tenga derecho á entrar cubierto y erguido en el templo de la literatura y nosotros no podamos entrar sino con la gorra en la mano y de rodillas.

El Gobierno español, las Academias, el Ateneo de Madrid, la Asociación de la Prensa, la Sociedad de Autores, todas las colectividades á que pertenece ó perteneció Echegaray, cumplan su deber en este caso extraordinario en que honrando los suecos al gran dramaturgo español han honrado á España.

Y pues ésta recibe parte de la gloria de su hijo predilecto y nosotros somos españoles, enviemos á los favorecedores la expresion de nuestra gratitud profunda y á nuestro compatriota la mas leal enhorabuena.

Las dos manos

Cierto día del año la mano diestra con altivez y orgullo dijo á la izquierda: «¡Ay! mi vecina, de vivir á mi lado no eres muy digna.»
«A tu señor y dueño de nada sirves; eres torpe, holgazana;

que más se pide! Te lo confieso, francamente, vecina, yo... ¡te aborrezco!»

Frases tan insolentes la izquierda mano oyó sin enojarse ni hacerla caso; ni una palabra contestóle siquiera: ¡prudencia santa!

Mas en esto, ocurrióse alzar del suelo al dueño de las manos un grande cesto; pesaba mucho, y alzarlo con la diestra sólo, no pudo.

Comprendiendo que aquello no era posible, de ambas manos entonces quiso servirse; y en sus costillas con las dos el gran cesto cargó en seguida.

Lo cual viendo la diestra avergonzose, y á la izquierda afrontada perdón pidióle: Esta le dijo lo que sigue: «Vecina, ¡justo castigo!»

«A tí que me desprecias sin merecerlo, de éste modo te han dado, ya un buen ejemplo; para que sepas dar siempre á cada uno lo que merezca.»

Cosas que nos parecen de poca monta, son útiles á veces y provechosas. ¡Oh! nunca olvides que no hay inútil nada de cuanto existe!

Constantino Llembart.

De «La Mañana»

La última producción teatral de los hermanos Quintero, ha fracasado. Titulábase la comedia presentada por ellos en el teatro de la idem, esto es de la Comedia, «Las flores», y han resultado

estas flores sin color y sin aroma, flores silvestres descoloridas é insulsotas, sin ninguno de los atractivos propios de sus hermanas, las flores de jardín.

Estamos, por lo visto, en días de prueba para los autores de cartel y trimestre. Empezó la racha en Ramos Carrión, el autor mimado que á los cuarenta años de escribir para el público aún no sabía lo que era una derrota, y ha terminado, mientras no vengán otros á aumentar el contingente del apoliarium escénico, en los hermanos Quintero honra y prez del arte sevillano.

Aquí son aplicable los versos de Rioja: «Las torres que desprecio al aire fueron, á su gran pesadumbre se rindieron.»

Las caídas de Ramos Carrión y sus ahijados literarios, los Quintero, son dos caídas de garabutillo, que revisten cierto carácter de familia.

Caído Ramos Carrión, la caída de los Quintero era casi, casi, obligada.

La única diferencia que hay en esos tumbos, es que el de Ramos ha sido motivado por un traspies natural, en tanto que el de los otros, reconoce por causa el alcoholismo del triunfo, la borrachera del aplauso, la excesiva confianza en las bondades hipócritas del público.

Habían subido muy de prisa, y la caída tuvo que ser, naturalmente, de doble voltereta.

Ha mucho tiempo, que ante el veleidoso ascender de los Quintero, me decía yo á mí mismo: «pero señor, ¿será posible que el público no caiga en tres caídas y la otra es de «Los borrachos» tan comentados y aplaudidos, adolecen de una monotonía y una pesadez inaguantable!»

«Se le aplaudirán á otro, que no fuera ellos, las mil y una simplezas de esa «Azotón» sin forma ni finalidad conocidas, en lo que hay algo de todo menos lo que debe haber en una obra destinada al teatro.

El tiempo ha venido á darme la razón en esos juicios, que nunca, antes de ahora, me había atrevido á exponer.

«Las flores» me eran casi conocidas desde Abril último.

Ofíese hablar de ellas, á sus mismas autoras, un día de comilona celebrada en el real de la feria de Sevilla, momentos antes de que descargara el diluvio, que puso remate indigno de la grandiosidad de la fiesta, á aquellas alegrías del pueblo incomparable que tiene por divisa la palma gigantesca que sostiene en su mano la suor-me Santa Juana que corona el artístico re-

mate de la adligranada y airofina Giralda.

Si en aquellos momentos se me hubiera ocurrido decir que la obra inédita de que con tanto misterio como entusiasmo nos hablaban los Quintero, no era ó no parecía que lo fuese obra ajustada á los preceptos literarios de la escena, se me habría arrojado del cóncave de amigos, que, por pasión los unos, por rutina los otros y por educación los más, aplaudimos á todo trapo las incompletas revelaciones que su delicada labor, de su más meditada obra, según decía él mismo, nos hacía el simpático hermano mayor de los Quintero.

Y, sin embargo, juro, puesta la mano sobre mi corazón, que yo no pude comprender, que de aquellas páginas literarias, muy hermosas sin duda para el libro, pero muy faltas de relación y de vida para la escena, pudiera resultar el algo originalísimo y nuevo de que los autores de «Las flores» alardeaban.

El desastre sufrido por los fecundos capistas sevillanos, es probable que les sea de gran provecho.

En él aprenderán á no incurrir en nuevas libertades de esas en que abunda «La Azotón», y á ceñir su ingenio, que yo no trato de desvirtuar ni reducir lo más mínimo, á las conveniencias y los gustos del arte teatral.

La caída de Ramos Carrión ha sido una caída lamentable.

La de los hermanos Quintero, ha sido una caída providencial y justa, que ha servido de enseñanza para sacar provecho de sus producciones sucesivas.

Angel Ovará.

SOBRE LOS VALES

En el mitin celebrado en Marcia el domingo último en el Teatro Circo de Villar, estuvo también representada la clase obrera de La Unión.

Del relato que hace nuestro apreciable colega «Las Provincias de Levante» copiamos lo siguiente:

«Habló un pobre minero de La Unión, cuyo nombre sentimos no recordar, que se ganó las simpatías del público por la sinceridad de sus palabras y la gravedad de lo que denunció.

Dijo que estaba trabajando en el fondo de una mina cuando tuvo noticia del mitin

tre no hubiese accedido á su demanda, el papa y todos los soberanos del mundo desaprobaban su conducta.

Desgraciadamente el obispo de Cracovia, que era al propio tiempo el médico preferido de la reina, prohibió participar le ocurrido á ésta por temor á la confesión que le pudiera producir.

—Su salud es mas preciosa para el estado que mil cabezas de caballero, decía Vish, y aquél que atenta contra ella, incurrirá en el desagrado de la Iglesia y del rey.

Las princesas palidecieron y decidieron no decir nada á la reina y suplicar al rey hasta que le hubiesen perdonado.

Povala de Tacey, anunció que tenía que declarar lo acontecido, y el magistrado Jaskó advirtió á la corte que si el templario no perdonaba, la condena era segura.

Los caballeros estaban indignados contra Lichtenstein, y algunos decían que si de momento no se le pedía desfilir por carácter de embajador, cuando volviese á Malborg, pagarla cara su villarta.

Povala estaba más conmovido que los otros, porque tenía una hija de la edad de Danusia, y el llanto de ésta le había desgarrado el alma. Durante el día fué á encontrar á Zbishko, y le explicó el gran interés

—Cristo Redentor perdonó á los judíos que le crucificaron en el Gólgota.

El obispo de Vish hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo no perdonar yo, que soy cristiano y templario?

—¡Gloria á El!—gritó Povala.

—¡Gloria!

El templario añadió:

—Soy,—dijo,—embajador y representante de la Orden de Cristo; quien me ofende á mí, injuria á la Orden y ofende á Cristo mismo. Si nuestras leyes pueden perdonar un ultraje de tal índole, todos los reyes cristianos lo sabrán.

En la sala reinaba un gran silencio; sólo oíase collozar convulsivamente á Danusia, y la respiración precipitada de los caballeros que se estremecían de desdén; éstos, que poco antes hubieran querido matar á Zbishko, le compadecían ahora, y se consultaban acerca del modo de salvarle.

Las princesas decidieron dirigirse á la reina para que intercediera cerca de Lichtenstein para que enviara un mensaje al gran Maestro de la Orden, á fin de que obligara al alemán á perdonar.

Esto parecía lo más sencillo y lo más seguro. Edvigia gozaba de tal consideración que al el gran Maes-

Quiero haceros presente, ¡oh! generosos caballeros, que el culpable es, no un hombre maduro, sino un muchacho.

—Es verdad,—exclamaron muchos mirando con severidad al templario.

Jamont, seguido de Zbishko, fué hacia el patio donde estaban los soldados del castillo y aun cuando sentía gran piedad por el prisionero, porque odiaba á los alemanes, á fuer de súbdito obediente, entregó al joven en manos de los soldados, no sin decirle antes:

—¿Sabes qué debes hacer? Ahórcate. El rey está furioso y te hará cortar la cabeza: ¿Para qué darle este gusto? Ahórcate. Es costumbre nuestra.

Zbishko, cuando comprendió lo que le había dicho el príncipe, exclamó:

—¿Qué dices?

—Digo que te conviene ahórcarte, el proceso será corto y de fijo que te condenan.

—¡Ahórcate tú!—exclamó Zbishko.—Creo que el agua bautismal ha mojado tu piel, pero no ha tocado tu carne que es pagana. ¿No comprendes que es gran pecado para un cristiano quitarse la vida?

Jamont se encogió de hombros.